

Michael Moorcock

EL VERDADERO SEÑOR NEWMAN

La niebla de Londres se disipaba. En el parque de Charing Cross los esqueletos negros de los árboles se hicieron visibles y Newman pudo distinguir los edificios sombríos detrás de ellos. Cuando se dispersó la niebla él se levantó del banco, lamentando el cambio de tiempo. Aparentemente era la única persona en las cercanías.

Londres aún estaba en silencio cuando él dirigió su cuerpo enorme, enfundado en el grueso sobretodo habano, hacia el Embankment, atravesó las puertas del parque y salió a la calle principal. Echó a correr, viendo el autobús detenido y preguntándose por un instante por qué los pasajeros estaban tan quietos. Se asomó por el parapeto del Embankment para mirar el río.

Por un instante el río también le pareció petrificado, pero luego vio que se equivocaba. Se movía, aunque muy despacio; lleno de desechos cabeceantes, manchado de aceite. Al mirar hacia la derecha, Newman vio el feo puente ferroviario, el acero oxidado y la pintura verde descascarada, un tren suburbano que lo cruzaba ruidosamente. A la izquierda estaba el blanco Puente de Waterloo, perfilado por las luces naranja, arqueado sobre el agua como una grácil bestia marina. Y en la otra orilla, señalado sólo por los retazos de luz que asomaban en la niebla, estaba el Festival Hall. Newman se volvió y se apoyó en el parapeto, mirando calle abajo hacia la entrada de la estación de subterráneo de Charing Cross.

Newman había pensado que la niebla duraría mucho más tiempo, y ahora estaba defraudado. En la niebla nunca tenía miedo.

Cerca de la entrada del subterráneo se movían unas formas vagas, figuras grises que emergían de la niebla y se convertían en siluetas negras a la luz del foyer de la estación.

Cruzó la calle al trote, brincó ágilmente a la acera, perseguido por los bocinazos del taxi que acababa de esquivar, y bajó precipitadamente las escaleras. Se detuvo, buscando cambio en el abrigo. Puso el dinero en la máquina, recibió el boleto de la ranura y caminó despacio hacia el molinete. El empleado no dio muestras de verlo cuando pasó.

Había cruzado el molinete y estaba a punto de bajar en la escalera mecánica cuando se detuvo y empezó a temblar. No podía dominar los temblores, que eran cada vez más violentos.

Durante unos segundos trató de vencer el miedo, pero fue inútil. No podía decidirse a avanzar hacia la escalera mecánica, que estaba bien iluminada: podía ver el final, donde un túnel corto conducía al andén. La forma de la estación le era familiar. No había peligro. Pero no podía dar un paso. Se volvió y cruzó de nuevo el molinete, saliendo de la estación por la entrada de la calle Villiers, aún oscura y silenciosa, rumbo a la Plaza Trafalgar.

Cuando se dispersaba la niebla, la paz de espíritu de Newman se evaporaba. Ahora se sentía inquieto, perseguido. Apuró el paso cuando llegó al Strand y dobló hacia la Plaza Trafalgar. Luego se detuvo en seco ante lo que creía ver.

La Columna de Nelson había alcanzado un tamaño gigantesco. Parecía llenar la plaza entera con su mampostería grisácea, alzándose sobre él entre los jirones de niebla. Cerró los ojos y se los frotó, una costumbre normal en él. Cuando los abrió, la columna había crecido aún más. Se alejó de prisa por el Strand, chocando con varias personas mientras corría.

Ahora el resto de los edificios empezó a aumentar de tamaño. Aún los peatones le parecían más grandes. Vastas paredes de cemento crecían y crecían: ya no eran

edificios, sino laderas abruptas de inmensos riscos negros, sembradas de cavernas. Atravesó cañones que parecían replegarse sobre él. Borrones de luz - roja, azul, verde, naranja - revoloteaban como luciérnagas ante sus ojos. Había ruidos; rugidos y chillidos distantes. Había la sensación de golpes en el cuerpo, y por todas partes olor a yodo y almendras. Líneas vibrantes le atacaban la cara y se desviaban cuando él alzaba las manos pálidas para protegerse. Tenía en los pulmones un millón de carámbanos diminutos y punzantes; el estómago hueco, dolorido; las piernas líquidas, sin huesos ni músculos.

El redoble sólido y palpitante de un tambor le llenaba el cráneo: el ruido de su pulso desbocado mientras su corazón intentaba liberarse de su prisión de carne y costillas.

Respiraba en una sucesión de jadeos ávidos: ese aire enrarecido no le alcanzaba. Los pies le dolían dentro de las botas; los muslos y la entrepierna le latían; movía las manos con brazos magullados, manos como palos descascarados que se agitaban en un viento furibundo.

Cuando niño en Inglaterra, y más tarde en Virginia, adonde su madre había ido con su esposo norteamericano, Newman había admirado los árboles más que ninguna otra cosa. Le gustaban verdes y dorados y susurrantes en verano; le gustaban desnudos, negros y quebradizos en invierno. Rara vez partía una rama o arrancaba la corteza o las hojas de un vástago. A veces le gustaba treparlos en verano, especialmente cuando treparlos le ayudaba a aspirar su dulzura, y mirar el encrespado mar de follaje. Pero en general se había contentado con caminar entre los troncos o tenderse a la sombra, la espalda en la hierba. Le disgustaba que lo llamaran cuando estaba en el bosque, donde se habría ahogado entre los árboles de ser posible.

- ¡Alexander! - lo llamaba su madre con su acento británico -. ¿Dónde estás?

- ¡Ven, Al! - La voz afable de su padrastro, ligeramente turbado por la autoridad que al casarse con la madre de Alexander había recibido sobre ese niño.

Casi siempre Alexander iba cuando lo llamaban. Era un niño obediente. Pero a veces se escondía, o se internaba más en los bosques que continuaban incesantemente detrás de la casa. A veces imaginaba que la casa estaba en el linde de la civilización: más allá, interminables bosques sin casas ni seres humanos. No necesitaba poblar ese bosque de su imaginación; el bosque era suficiente.

Había sido un niño alegre, solitario por elección. Había entablado buenas relaciones en la escuela, y a veces jugaba con los hijos de los vecinos. Había sido sociable e inteligente, aunque absorbía conocimientos intuitivamente antes que conscientemente. Los exámenes sacaban a luz datos que él conocía sin saberlo. No se opuso a seguir a su padrastro en la Fuerza Aérea cuando terminó la universidad - se había graduado en física - y llegó a ser un oficial eficaz, medianamente apreciado. Fue uno de los hombres elegidos para abordar una cápsula espacial cuando el proyecto espacial se puso en marcha.

El coronel Alexander Newman de la Fuerza Aérea de EE.UU. corría ciegamente por las calles transfiguradas de una Londres aterradora. Como su fuga era silenciosa, la gente con que tropezaba lo maldecía en vez de detenerlo. No parecía muy diferente de alguien que se apresura para no perder el tren. Corrió por el Strand, pasó Aldwych, donde los autos frenaron a su paso, subió por Fleet Street hasta que, exhausto, se detuvo, ya sin adrenalina. Las sensaciones auditivas y visuales disminuyeron y desaparecieron. Las sensaciones físicas permanecieron. Tenía la boca seca y estaba empapado de sudor.

Miró el edificio del Daily Express. Tenía el aspecto de un monstruoso baño público eduardiano, cubierto por azulejos brillantes. Entonces supo que estaba en Fleet Street.

No había ido muy lejos, pero no recordaba cómo había llegado allí. Algo como esto le había sucedido varias veces antes, pensó. Miró el reloj de pulsera. Se había detenido. Se subió el cuello del abrigo, enjugándose el sudor de la cara. Nadie parecía mirarlo, así que decidió que su conducta no había sido demasiado anómala. Llamó un taxi, subió y dio una dirección.

Una Londres imponente, lustrosa y deforme pasó de largo mientras el chofer lo llevaba a Notting Hill. Nada parecía hecho por el hombre. Todo tenía el aspecto de un paisaje extraño y natural: cañones y grietas, grises y negras, con luces opacas fulgurando aquí y allá. Ese mundo asimétrico parecía inconcluso, como si aguardara una forma que aún había que infundirle. La forma, intuyó Newman, no sería la de la Londres que él conocía.

La sensación de amenaza aumentaba a medida que el taxi aceleraba y él reprimía el impulso de decirle al chofer que se detuviera.

Ante todo, pensó Newman, la ciudad era lúgubre; era un páramo. Nunca había estado viva.

Y sin embargo había vida en su interior, como las cresas de un cadáver. Vida en los peñascos altos y ceñudos, horadados por un millón de cavidades. Una vida de dolor, enfermedad y abúlica repetición de actos sin sentido. Una vida neurótica. Nada podía empeorarla, y sólo la destrucción total, quizá, podía mejorarla.

Parte de una de las cavidades le pertenecía, en la mísera barriada que en un tiempo habría reconocido como North Kensington, pero que ahora no era muy diferente de todo lo demás, sólo un poco más oscura.

El taxi se detuvo. Newman pagó, mirando la faz distorsionada del inmenso peñasco y tratando de recordar en cual entrada de la base debería internarse para encontrar su cavidad.

La costumbre lo guió. Trepó por cuevas de obsidiana para entrar en la caverna.

Estaba oscura y olía a humedad y vejez. Tocó un interruptor pero el lugar permaneció a oscuras. Se dirigió arriba, escalando lentamente, aferrando una balaustrada que apenas veía.

Por último llegó a su cuarto. Encendiendo la luz, retrocedió, pues todas las paredes parecían dispuestas en ángulos extravagantes, y parecía haber demasiadas superficies. Distinguió la estufa de gas, el hornillo y el medidor, el diván, la cómoda y la silla de caña.

Sabía que pagaba treinta chelines por el cuarto y hacía siete semanas que vivía allí, desde que se había ido de un club para oficiales norteamericanos donde se había alojado un fin de semana. En el Club había dicho que se iba a Italia. Tal vez lo estaban buscando allá.

Como astronauta, Newman era un héroe y gozaba de una licencia ilimitada por haber volado en órbita terrestre incontables veces con su copiloto, que había muerto. Una cápsula de acero, atiborrada de instrumentos ruidosos y su cuerpo enfundado en un traje espacial tendido en una posición semihorizontal.

Le había costado conseguir permiso para viajar de incógnito. Había huido de su sombra al marcharse del club. Se había dejado la barba, y el pelo más largo. Usaba gafas oscuras. Tenía acento norteamericano, pero no era especialmente notorio en la zona que había elegido para vivir. Aquí, nada en él era demasiado llamativo.

Ni siquiera su locura, pensó. Sospechaba que estaba loco de remate, pero no podía creerlo del todo. Por alguna razón presentía que en cierto modo estaba viendo las

cosas tal como eran en realidad. Su visión lo distorsionaba todo desde su regreso del espacio, y sin embargo persistía la sensación de que al aterrizar había visto todo tal como era por primera vez.

Pero esa Londres era una Londres descabellada, un sueño oscuro, una impresión ultrasubjetiva y no, como a veces había supuesto, una impresión superobjetiva.

Tambaleándose, se acercó a la cama. Al día siguiente debía tratar de encontrar a alguien que lo ayudara sin denunciarlo a las autoridades norteamericanas, que lo estaban buscando. Quizá también había otros que lo buscaban.

¿Todo esto era una alucinación? ¿O era una realidad absoluta, no la realidad aparente de la vida consciente sino la realidad de lo inconsciente, la realidad que de hecho afectaba los acontecimientos y controlaba la sociedad? ¿Estaba viéndola, además de intuyéndola? ¿O los sentidos se le habían alterado de tal modo que su mente consciente recibía las mismas imágenes que su inconsciente?

Se quitó el abrigo, se tendió en la cama y durmió. La Londres con que soñó era la Londres que había recorrido en el taxi.

2

Es posible que Alexander Newman estuviera loco, pero cuando despertó a la mañana siguiente lo hizo con una sensación de tranquilidad. Afuera había despuntado el sol, y la luz pálida se reflejaba en los peñascos enormes y escabrosos que habían sido los edificios de Londres. Esa mañana lucían sólidos y permanentes. Newman ya no dudaba que fueran reales.

Se levantó de la cama y atravesó el cuarto anguloso. Encendió la estufa de gas y el hornillo y llenó un recipiente con agua de la canilla. Después de hacerla hervir se lavó y se sintió aún más relajado.

Desayunó leche con cereal, se vistió, bajó las sinuosas escaleras y salió a la calle, ya no una cinta reluciente que evocaba lava congelada entre rocas. Había pocas personas, y parecían ausentes. Cuando accidentalmente tropezó con alguien, el hombre no pareció notarlo. Cuando Newman pidió disculpas, el hombre no lo oyó.

Eran como zombies, pensó Newman. Como marionetas.

Aunque los edificios habían cambiado, la disposición general de la ciudad era la misma, y Newman fue hacia Bayswater Road, caminando por la garganta angosta y tortuosa que había sido Portobello Road. Apenas se fijó en la muchacha que pasó vestida con miriñaque, quizá volviendo a casa después de un baile de disfraz tardío.

Antes de llegar a la esquina oyó un clamor de metal contra metal y se preguntó de dónde venía el sonido. Hasta ahora no había notado que el silencio era tan completo. Entró en un pequeño patio que olía a fuego y acero caliente, y allí, en un taller semejante a una forja de herrero, un hombrecito martillaba el peto bellamente tallado de una armadura. El hombre estaba absorto en su tarea y Newman miró cómo martillaba y hacía girar expertamente el peto sobre el yunque con un par de pinzas que empuñaba en la mano izquierda. El acero bruñido brillaba y relucía en la luz roja del fuego que ardía en una ancha fragua a la izquierda del taller. La armadura estaba cubierta de pequeños e intrincados arabescos de flores, cruces y pequeñas figuras en ámbitos bucólicos. El diseño era más propio de una labor femenina que de una armadura, y la combinación de esa exquisitez de bordado con la naturaleza marcial del objeto asombró a Newman.

El viejo, evidentemente satisfecho, se enderezó al fin. Era casi tan alto como Newman, aunque tenía los hombros encorvados, y la cara era rozagante. Usaba gafas y el pelo, como el anticuado bigote, era espeso y blanco. Saludó a Newman con un cabeceo cordial y empezó a quitarse los gruesos guantes de cuero que había usado mientras trabajaba el peto. El delantal también era de cuero, y se enjugó en él las manos para secarse la transpiración.

- Buenos días - dijo Newman -. No sabía que alguien como usted trabajaba aquí.

- ¿De veras? - El viejo sonrió - Buenos días. No es usted un cliente, a juzgar por su aspecto.

- ¿Cómo lo sabe?

- Se distinguir a un hombre que necesita armadura.

- ¿Usted fabrica armaduras?

- Ese es mi oficio.

- Pero sin duda nadie usa armadura hoy día. Sólo algunos regimientos ceremoniales. ¿Trabaja para ellos?

El viejo se encogió de hombros.

- Trabajo para cualquiera. Para muchos. Restauro las armaduras viejas y fabrico armaduras nuevas... armaduras de todas clases. Me llamo Schweitzer.

- Yo me llamo Newman, señor Schweitzer. Tanto gusto.

- Tanto gusto. ¿Quiere una taza de té? Mi esposa ya lo habrá preparado.

- Gracias.

Newman siguió al viejo por el taller y entró en un cuarto oscuro en el fondo, un vestíbulo. Allí había una mesa maciza cubierta con un mantel grueso y borlado con un intrincado diseño hindú en púrpura y oro. Encima había una tetera de cerámica sobre una carpeta tejida, y del pico salían volutas de vapor. Había una ventana pequeña con cortinas de terciopelo oscuro y una gruesa malla de alambre; en una cómoda de roble oscuro había un juego de tocador con dibujos de sauces. El señor Schweitzer señaló uno de los dos sillones de cuero y Newman se sentó mientras el señor Schweitzer servía el té en dos tazas grandes.

Cuando ambos estuvieron sentados, el señor Schweitzer dijo:

- Usted parece tener un problema, señor Newman. ¿Puedo ayudarlo?

- No lo creo - dijo Newman -. He sufrido cierta confusión desde que regresé a la Tierra, pero esta mañana me siento tranquilo. Tengo una sensación de desapego. Usted sabe, de paz... certidumbre, si prefiere.

- Una sensación muy valiosa. Si todos fueran como usted yo no tendría trabajo. - El señor Schweitzer sonrió y sorbió el té.

- No lo entiendo - dijo Newman.

- Fabrico muchas clases de armaduras, señor Newman. Muchas clases. - El señor Schweitzer tendió el brazo hacia la mesa y dejó la taza. - ¿Le gustaría ver algunas de las armaduras que fabrico?

Newman admitió que sentía curiosidad y el viejo lo condujo desde el vestíbulo a una escalera angosta que daba a un depósito, muy pulcramente arreglado. Allí había estantes y perchas que sostenían una curiosa variedad de objetos. Había cajas repletas

de gafas de sol, sombreros con velos, cascos con viseras, un traje de ciudad - chaqueta negra, pantalones rayados, sombrero hongo, maletín y paraguas - sobre un maniquí. Había máscaras, lisas y bordadas y con forma de cara grotesca; había abanicos chinos, armaduras de todos los períodos de la historia y de toda edad; había disfraces, miriñaques marrones y negros, trajes de paño negro. No había colores brillantes entre los trajes y vestidos.

- Esta es sólo una sección de mi depósito de armaduras - le dijo el señor Schweitzer -. Considérelas cavernas ambulantes, fortalezas portátiles. Pero mi mercadería principal no puede verse.

Intrigado, Newman le preguntó qué era.

- Trafico con intangibles tangibles, si usted quiere - sonrió Schweitzer - Intangibles que tienen efectos tangibles, para ser más preciso - fue hasta un escritorio y extrajo un cajón lleno de libros. Los sacó del cajón y los desparramó ante Newman. Eran libros religiosos. Una Biblia, un Corán, los Vedas, toda suerte de obras de pensadores religiosos, incluyendo obras modernas.

- No entiendo - dijo Newman -. ¿Estas son armaduras?

- Las más duraderas, señor Newman. Es la armadura de las ideas y del ritual. Armaduras mentales para ahuyentar esas otras ideas...

- ¿Cuáles?

- Las ideas que tememos, que nos negamos a investigar a menos que vistamos armadura. ¿Qué diría usted si la existencia no tuviera más propósito, señor Newman, que el de existir?

Newman se encogió de hombros.

- ¿Y qué? La idea no me perturba.

- Le dije que no creía que usted fuera cliente mío. Usted tiene los modales de un hombre que se ha replegado tanto que ha vuelto exactamente a la cosa que teme, acercándose por la retaguardia, como quien dice, y descubriendo que no era tan temible como él creía. Pero es un juicio injusto. No lo conozco a usted.

- Quizá usted tenga razón y quizá no - repuso Newman espontáneamente -. Aún ahora se me ocurre que tal vez yo esté totalmente loco y usted forme parte de mis alucinaciones.

- ¿Y entonces? ¿No soy tan real como cualquier cosa que usted haya conocido en el pasado?

- Más real, en muchos sentidos.

- ¿Y bien?

Newman cabeceó.

- Comprendo. Pero todo esto, la ciudad transfigurada, este taller, usted, ¿no podría ser una monstruosa armadura que yo mismo me he construido?

- Yo fabrico armaduras. Hace mucho que me dedico a esto. Sé reconocer a un cliente. Usted no es cliente mío.

- Usted me tranquiliza. - Newman sonrió - Me conforta con sus palabras... me infunde serenidad.

- Si usted lo dice. Hay una diferencia entre confiar en sí mismo y engañarse a sí mismo.

- De acuerdo. - Newman caminó por el depósito, mirándolo todo. Ahora que Schweitzer lo había mencionado, veía que todas las cosas eran armaduras. Lo inquietaba que la gente se tomara tantas molestias para embellecerlas, que dedicara todo su arte y habilidad a fabricarlas.

También había más libros, libros de una filosofía atractiva y tranquilizadora.

- Antídotos, señor Newman. Mi oficio no es hacer curas.

- Sólo los trajes de buzo - dijo Newman, recogiendo un pesado casco de buzo - De modo que las profundidades puedan ser visitadas, pero nunca exploradas realmente. ¿Y usted vende todo esto?

- No vendo, señor Newman. Considéreme un filántropo. Lo regalo. - Schweitzer fue hacia otra puerta. - Por aquí.

En el cuarto contiguo había grandes y anticuados frascos como los que en un tiempo se usaban para guardar dulces. Newman miró algunas de las etiquetas. Decían: Cinismo; Odio; Idealismo; Desesperación... Y así sucesivamente.

- ¿Todas armaduras? - dijo Newman.

- En efecto. Como el caballero que usaba el Peto en que yo estaba trabajando cuando usted entró, la gente deambula en sus pesados trajes y sus actos se vuelven más toscos, sus movimientos más lentos, cuanto más tiempo los usan. Pero, ¿qué puede hacerse? No hay otra salida cuando el demonio manda...

- ¿Y qué es el demonio, señor Schweitzer?

- El miedo. Volvamos al vestíbulo y veamos si aún hay té caliente para una segunda taza.

Mientras bebían el té en silencio, Newman reflexionó sobre las cosas que había visto en los depósitos del señor Schweitzer. Un rato después, la puerta del taller se abrió y entró una muchacha. Era muy alta y bella, no usaba maquillaje y una melena larga y oscura le enmarcaba la cara. Usaba un vestido carmesí largo hasta los tobillos y empuñaba correas con ambas manos. En el extremo de una correa había un pájaro lira, muy dócil y confiado, y en la otra un pavo real con la cola en la plenitud de su esplendor, barriendo el suelo con ella mientras caminaba junto a la muchacha.

- Buenos días, señor Schweitzer - dijo con una sonrisa amigable -. ¿Puedo pasar?

- Desde luego, Fanny.

Newman se levantó.

- Le presento a la señorita Fanny Patrick - dijo Schweitzer -. El señor Newman.

La muchacha se pasó una correa a la mano izquierda y le dio la mano, sonriéndole con la misma cordialidad que al señor Schweitzer.

- Tanto gusto, señor Newman.

Por primera vez Newman advirtió, sin mayor seriedad, que bien podía haber muerto y entrado en algún cielo o infierno, más probablemente, un purgatorio jamás imaginado, pues hasta el momento estas experiencias no lo habían afectado demasiado en ningún sentido. Fanny Patrick, sin embargo, podía haber surgido de un sueño, pues era, por su aspecto, su mujer ideal. Por lo que había visto de su carácter parecía que también era su ideal en ese sentido. Hasta le gustaban las mascotas que había elegido.

- Usted no es londinense, señor Newman - decía ella.

- Nací aquí - dijo Newman -. Pero fui a Estados Unidos cuando niño. Fui piloto espacial. Volví a Europa porque... - rió quitándose importancia -, porque buscaba mis raíces, supongo.

- Raíces, ¿eh? - La muchacha enarcó las cejas. - ¿Geográficas?

- Eso pensé. Todo suena tan impostado. Psicológicas, tal vez.

- ¿Las ha encontrado?

- No estoy seguro. Casi, tal vez.

- En fin. Almorzaré por aquí cerca. ¿Quiere acompañarme?

- Me agradecería.

- En verdad venía para preguntar al señor Schweitzer si tenía ganas de almorzar temprano - dijo ella, volviéndose al viejo -. ¿Qué dice usted, señor Schweitzer?

- No, gracias - sonrió el señor Schweitzer -. Tengo que seguir con un trabajo. Estoy bastante ocupado por el momento. Será hasta pronto, señor Newman.

Newman y la muchacha se despidieron y salieron del taller. El sol brillaba y el cielo estaba despejado cuando subieron por el cañón hacia un café con un toldo a rayas que sobresalía de la pared-ladera de la derecha. Se sentaron a una de las mesas bajo el toldo y un mozo viejo, vestido de negro, tomó el pedido saludando a Fanny Patrick con un cabeceo.

- ¿Cuál es su nombre? - preguntó ella mientras esperaban la comida.

- Alexander.

- Bien, aquí somos tan pocos que tendemos a tratarnos con cierta confianza. ¿Te parece bien?

- Perfecto - sonrió Newman -. Ah, me siento como si estuviera de vacaciones.

- Acabas de llegar, ¿verdad?

- No te entiendo.

Ella sonrió.

- Es decir, las cosas han cambiado últimamente. Lo que te rodea... todo eso. - Miró los pájaros. Los había soltado y correteaban entre las mesas picoteando comida.

- Así es.

- Es lo que me sucedió a mí. Estuve en una clínica mental durante mucho tiempo. Luego, un día, todo pareció ordenarse. Vi cómo se solidificaban las imágenes que siempre imaginaba. Tú me entiendes. Y aquí estaba. Me gusta esto.

Un pensamiento asaltó a Newman.

- ¿Alguna vez tienes la sensación de que deberías estar haciendo algo aquí?

Ella meneó la cabeza.

- Tomo las cosas con calma - dijo -. No hay nada que hacer... a menos que seas como el señor Schweitzer, que trabaja para la gente de afuera.

- ¿Cuál es?

- Casi todo el mundo - dijo ella -. Mira. ¿Ves a ese joven que viene hacia aquí?

Newman miró y lo vio. Era rubio, cetrino, y tenía la cara un poco tensa pero vacía de expresión. Caminaba mecánicamente, como las personas que Newman había visto antes. La otra característica notable era que vestía ropas que evocaban la época de Eduardo.

Fanny Patrick se levantó y caminó hacia el joven. Le gritó «Buenos días», pero el joven no pareció oírla. Ella caminó a su lado, mirándole la cara, golpeándole el hombro con suavidad. Una sombra de vaga irritación cruzó la cara del joven, que siguió caminando sin mirarla siquiera. Ella se encogió de hombros, extendió las manos y regresó a la mesa.

El joven dobló una esquina y se perdió de vista.

- Esa es la gente de afuera, Alexander - dijo ella al sentarse -. ¿Ahora me entiendes?

- Supongo que sí. ¿Por qué se porta así?

- Oh, por muchas razones.

Llegó el almuerzo. Newman había pedido carne sazonada y fideos; Fanny comió una chuleta.

- Esas personas aún viven en el mundo que conocimos, ¿no es así? - sugirió Newman.

- Supongo que sí - dijo ella -. Entran y salen de las casas, recorren calles, compran cosas en tiendas que para ellas aún están allí. Sin embargo nosotros vemos que no están. Dos clases de realidad que coexisten, ¿ves? Y queda en pie la pregunta, si te molestas en hacerla y te interesa: ¿es una minoría o es la mayoría la que está loca? ¿O todos están locos?

3

Mientras bebían café después del almuerzo, Fanny Patrick miró su reloj.

- Esta tarde salgo para París - dijo -. No debo perder el barco.

- París. - Newman se sintió defraudado. - Conque te vas.

- ¿Por qué no vienes conmigo? - sugirió ella con una rápida sonrisa -. Disfrutarías del viaje. Y no tienes ningún compromiso, supongo.

- No - dijo él -. Ninguno. Pero no tengo mucho dinero encima y necesitaría ropa... - Ya había resuelto ir si podía.

- No te preocupes por eso. No usamos dinero. Somos locos y tenemos todo lo necesario. Allá podrás conseguir ropa.

- De acuerdo. - Newman sonrió. - Iré.

- Bien. Volvemos a mi casa; recogeré el bolso y me aseguraré de que cuiden a mis pájaros. Ésa era una de las razones de mi visita al señor S. Su esposa suele cuidarlos cuando no estoy. Luego nos iremos.

Salieron del restaurante y doblaron la esquina hasta donde un pálido fragmento de roca, como una saliente de piedra arenisca, se erguía solitaria. Esta era la casa de ella. Adentro era espaciosa, con paredes blancas y alfombras rojas, muebles de madera clara y tapizados azules. El la esperó en un cuarto que daba a un jardín con una fuente

en el medio. Ella no tardó mucho. Entró en el cuarto con el bolso en la mano, seguida por el pájaro lira y el pavo real.

Newman tomó el bolso.

- Tengo un carro listo en el costado de la casa - dijo ella.

El la siguió hasta donde los esperaba un carro escarlata y dorado, con un pony palomino entre las varas. Ella subió al pescante y acomodó las plácidas aves en la parte trasera. Newman se sentó junto a ella. Fanny agitó las riendas y el palomino echó a andar.

Después que dejaron las aves en manos del pálido y afable señor Schweitzer, Fanny puso rumbo al este.

- ¿Dónde está atracado el barco? - preguntó Newman.

- El puerto de Londres - dijo ella -. Saldrá con la marea.

Londres, pese a su transformación, aún parecía ceñuda y represiva mientras la atravesaban, pero el sol brillaba y ellos estaban de buen humor. Pasaron unos pocos autos, con marionetas al volante, y dos viejos en bicicleta, el hombre en bombachos, la mujer en una falda larga y entreabierta. Los saludaron alegremente.

- No es gente de afuera - dijo Newman, aferrándose al asiento cuando comenzó a acelerar el carro.

- No, supongo que no. El problema, desde luego, es que no llega mucha gente de nuestra edad. En general son niños o ancianos, y los niños no se quedan mucho tiempo. Es una lástima ¿verdad?

- Sí, lo es. ¿Y la gente que nació aquí?

- Los niños nacidos aquí suele ser separados de sus padres al cabo de un tiempo. Van afuera. Algunos se quedan... no muchos. Es una de las grandes tragedias... uno de los principales sacrificios de las personas que viven aquí.

- Es extraño cuando lo piensas - dijo Newman cuando salieron del cañón que había sido la calle Oxford y entraron en otro que era High Holboin -. Aquí hay embotellamientos de tráfico y multitudes apretujadas, pero nosotros no podemos verlos y ellos no pueden vernos a nosotros. Pero ambos existimos... ambos somos sólidos y reales.

- Me lo he preguntado a menudo - dijo ella -. ¿Somos fantasmas? ¿O tenemos una existencia en ambos mundos, como tantas personas de afuera? Tal vez somos cadáveres tirados en alguna parte del mundo de afuera, ¿eh?

- No me gusta la idea. No puedo creerlo.

- Yo tampoco. En realidad, no es preciso buscar explicaciones. ¡Mira eso! - Señaló a un hombre con peluca y ropas dieciochescas que era llevado en litera por dos autómatas con ropas del siglo veinte. - ¿Has notado la mezcla de tiempos? Éste es aún el siglo veinte en muchos aspectos, pero algunas personas hablan y visten como gente de hasta el siglo dieciséis. Y de vez en cuando encuentras personas que parecen pertenecer a un futuro cercano.

- Es sorprendente - convino Newman -. Es como si el tiempo se hubiera asentado en zonas donde tal vez se muestra la verdadera modalidad o acontecimiento... no en la secuencia, o la secuencia aparente de la historia que conocíamos, sino en... bien, zonas de influencia, si prefieres. Ya sabes, hay historiadores que dividen la historia en la Edad tal y la Edad cual. Tal vez todas las personas de este mundo son de una Edad

donde prevalecía una modalidad psicológica particular y que en este caso data de alrededor del Renacimiento.

- Zonas de tiempo psíquico. - Fanny sonrió. - Donde la naturaleza de lo psíquico cambia muy ligeramente, o quizá mucho, de zona a zona.

Newman rió.

- Algo parecido. Suena un poco extraño. - Era raro, pensó, que una conversación como ésta no le hubiera salido naturalmente en su otra vida, y sin embargo aquí parecía normal.

El pony trotó a lo largo de Stepney. Los peñascos eran más negros y acechantes que nunca, rodeados por una atmósfera de decadencia y amenaza. Eran como las Montañas de la Locura, y Newman casi esperaba ver diabólicas criaturas voladoras aleteando y graznando al bajar de sus guaridas, y trogloditas contrahechos corriendo a sus cavernas, arrojando lanzas de pedernal envenenadas antes de escabullirse. El sonido de los cascos del pony retumbaba huecamente y Fanny pareció sentir la opresión, pues aflojó las riendas del animal. El pony se lanzó al galope, y pronto llegaron a los muelles.

Los muelles eran sórdidos y grises, con peñascos escabrosos en un costado y el río negro en el otro. Pero el único barco que estaba anclado contrastaba notablemente con el lugar. Era un gran clipper blanco, con baos laminados en bronce brillante que relucían como oro; las velas, pálidas como la pintura, colgaban flojamente de los cuatro mástiles altos.

Tallado en letras doradas en el costado estaba el nombre, Doncella blanca. El carro frenó en el amarradero junto a la planchada principal del clipper. Un marinero asiático, vestido pulcramente con chaqueta y pantalones azules, los llamó desde la baranda.

- De prisa, a bordo... zarpamos en cinco minutos.

Se apearon y subieron por la planchada, Fanny delante y Newman detrás con el bolso.

Un hombre con uniforme de capitán de buque mercante de fines de siglo, con una tablilla bajo el brazo, se les acercó por la cubierta. Los saludó alegremente. Era un hombre maduro, curtido, con una barba imperiosa. Tenía una nariz fuerte y aquilina, una boca firme y sensible.

- Buenas tardes, capitán - sonrió Fanny -. ¿Puede llevar a otro pasajero? Le presento a Alexander Newman.

- Buenas tardes, señorita Patrick... señor Newman. Sí, tenemos mucho lugar a bordo. Bienvenido, señor. - Hablaba con un ligero acento extranjero; una voz grave con una nota constante de cálida ironía.

- El capitán Conrad - dijo Fanny, presentándolos. Newman le estrechó la mano.

- El camarote contiguo al suyo está desocupado - dijo Conrad -. Creo que será apropiado para el señor Newman. Les ruego me disculpen pero tengo que hacer... zarpamos casi enseguida. - Llamó a un camarero de chaqueta blanca que acababa de subir a cubierta. - Por favor, conduzca al señor Newman al camarote contiguo al de la señorita Patrick.

El camarero tomó el bolso de Fanny y los condujo por donde había venido, bajando por una escalerilla corta hasta un pasillo que tenía seis puertas, tres de cada lado.

- Esta es la sección de pasajeros - explicó Fanny -. Esta nave es ante todo un barco de carga.

El camarero abrió una puerta y puso adentro el bolso. Fanny y Newman lo siguieron. El camarote era cómodo, con una cucheta ancha contra una pared, una tronera grande, un lavabo, un escritorio y una silla de caña sujetos al piso bajo la tronera y un sillón más pesado frente a ellos.

El camarero llevó a Newman hasta la cabina contigua, que estaba amoblada de modo similar.

- ¿Eso es todo, señor? - preguntó el camarero.

- Sí, gracias.

El camarero se marchó.

Fanny entró en el camarote de Newman.

- No está mal, ¿verdad? - dijo -. Es una nave hermosa. Lo notarás más cuando estemos en mar abierto.

Newman oyó gritos arriba, sintió que la nave se escoraba ligeramente, luego se enderezaba.

- Han soltado amarras - dijo Fanny con excitación -. Ven. Subamos a cubierta.

Las velas ondulaban y la nave avanzaba rápidamente río abajo, dejando atrás peñascos que eran depósitos y edificios deteriorados para dirigirse hacia la campiña y luego el mar.

Se reunieron con el capitán en la cubierta de popa. Estaba apoyado en la baranda y miraba el largo río. Alzó la vista con una sonrisa.

- ¿Los camarotes están bien?

- No podrían ser mejores - dijo Newman.

- Perfecto.

Newman reparó en el silencio del barco mientras navegaba: apenas se oía el leve crujido de los aparejos. El ruido perpetuo y el olor inevitable aun en los mejores vapores era una ausencia notoria y Newman lamentó que los clipers, que podían compararse con cualquier vapor por su velocidad y capacidad, hubieran sido abandonados. La esbelta nave se deslizaba por el agua del río tan tersamente que era casi imposible advertir que se estaban moviendo, salvo por el paisaje que se desplazaba rápidamente en ambas orillas. Newman vio al timonel en la cabina de mando a sus espaldas, guiando el clíper por la serpeante franja de agua. Sonó una campanilla. Los marineros trajinaron para limpiar la nave, tensando los cabos, revisando las velas y cerrando escotillas. La nave era brillante, limpia y pulcra, pero tenía un aire de solidez. Era una nave elegante, pero también era evidente que podía resistir inclemencias.

Llegaron al mar al anochecer. Los fríos y acuosos bajos del Támesis se deslizaban en la luz languideciente; los juncos se mecían, transformando la tierra en una parodia del mar.

Una vez en el mar, bajaron de la cubierta para ir a cenar con el capitán en su camarote.

Mientras comían, Newman dijo:

- Ésta es una ruta larga para llegar a París, ¿verdad, capitán? Normalmente las naves que se dirigen a Francia zarpan de Dover, según tengo entendido.

El capitán sonrió.

- Afuera sí, señor Newman. Pero aquí hay muy pocas naves, y aprovechamos esa circunstancia. Es un viaje más largo, pero usamos los ríos todo lo posible. En este viaje, por ejemplo, iremos directamente a París, remontando el Sena. Es más largo pero mas simple, pues a veces hay dificultades para transportar por tierra el pasaje y el cargamento.

- Ahora entiendo - sonrió Newman -. Es un modo agradable de viajar.

- Estoy de acuerdo - dijo Fanny -. Cruzaremos el mar de noche y a la mañana habremos llegado a la desembocadura del Sena. Aquí, naves de este tamaño pueden navegar en los grandes ríos.

En la mañana, Newman fue despertado por un golpe en la puerta.

- Adelante - dijo, y Fanny entró trayendo unas ropas. Había un par de jeans y una camisa blanca, una blusa negra de cuello volcado y ropa interior.

- El capitán Conrad te manda esto - dijo -. ¿Te servirán? Creo que son de tu medida.

- Ha sido amable de su parte - repuso Newman -. Me irán bien.

- En media hora te veré en cubierta para desayunar - dijo ella al salir.

Newman se levantó. Había agua tibia en las canillas del lavabo y se lavó el cuerpo antes de secarse y ponerse las ropas que le había dejado Fanny. Le sentaban bien, y aunque la cintura de los jeans era un poco grande, el ancho cinturón de cuero resolvía ese problema.

En cubierta, habían preparado una mesita y dos sillas. Había café y panecillos, y Fanny estaba sirviendo una taza de café cuando él se sentó.

El mar era azul brillante y el sol estaba excepcionalmente tibio. Un viento suave y refrescante llenaba las velas del clíper. Adelante se veía la costa. El capitán Conrad habló desde la popa.

- Buenos días a ambos. ¿Han dormido bien?

- Muy bien - respondió Newman -. Y gracias por las ropas, capitán.

- Vengan a verme en cuanto hayan desayunado - invitó Conrad.

La comida era buena y el café delicioso. Cuando terminaron de desayunar, subieron al puente. Conrad entregó a Fanny sus anteojos, y ella escudriñó la costa.

- Puede verse la desembocadura del río - dijo Conrad, señalando.

Fanny le pasó los anteojos a Newman, quien miró a través de ellos y vio claramente la desembocadura del río. La marea lamía los bancos de arena.

- Parece difícil de atravesar - dijo, devolviendo los anteojos a Conrad.

- No cuando se la conoce bien - repuso el capitán.

- ¿Cuánto hace que usted recorre esta ruta? - preguntó Newman.

- Creo que hace mucho, señor Newman. Es difícil juzgar el paso del tiempo en este mundo. Los días tienen la misma duración, pero pocos se molestan en contarlos.

»Las estaciones son iguales; las mareas son iguales. La naturaleza no cambia, y tampoco los hombres y mujeres de este mundo. Ellos hacen pocos intentos de alterar

la naturaleza y la naturaleza hace pocos intentos de alterarlos a ellos. El tiempo significa poco aquí, por esa razón y por todo lo demás.

- ¿Recuerda cuándo llegó aquí?

- Creo que alrededor de 1912.

- ¿Y entonces tenía usted la misma edad que ahora?

- Supongo que sí. Soy una especie de Holandés Errante, ¿verdad? - rió Conrad -. Excepto que estoy muy contento con mi situación.

- ¿No siente añoranza... tedio?

- No creo. En un tiempo fui hombre de acción. Desempeñé mi papel en el mundo, al igual que usted. Pero ya no. Tal vez debería sentirme incómodo con la vida que llevo ahora, pero no es así.

- Pero usted desempeña un papel en este mundo. ¿Qué es este mundo?

- Es el mundo real visto por la mente interior, señor Newman. El mundo real visto por la mente exterior es el que usted abandonó. La mente interior es el verdadero espejo de la historia humana, en mi opinión. La mente interior es la que crea las ideas que producen los grandes acontecimientos, la mente exterior las traduce en acción... podría decirse que se encarga de los detalles. Pero cuando la mente exterior trata de interpretar los acontecimientos que ha contribuido a producir, siempre fracasa. Siempre encuentra anomalías, enigmas... mientras para la mente interior todo está claro. Esa es la ironía del asunto.

- ¿Entonces la mente exterior necesita a la mente interior?

- Son complementarias. Sabemos cuál controla qué, pero lo importante es cuál controla al individuo. La mayoría presta muy poca atención a la mente interior, y permite que la lógica aparente de la mente exterior influya en sus juicios. Ese es su error.

- ¿Pero nosotros no somos igualmente culpables, al obedecer sin reservas a la mente interior?

- Tal vez. Yo sólo sé lo que prefiero hacer.

Newman estaba en duda por primera vez desde que había llegado aquí.

- ¿Entonces este mundo no tiene futuro? - preguntó -. ¿Ningún futuro propio?

- Aparentemente no. Algunas cosas cambian de vez en cuando, según donde uno esté, pero no hay progreso como lo entiende la mente exterior. Es extraño, verdad, pues sólo la mente interior es inmune al paso del tiempo, o al menos es muy poco afectada. Pero sólo la mente interior puede predecir, en términos generales, el futuro en sus formas probables. Puede trazar un curso general; incluso puede prever cuáles vientos cambiarán, y cuándo. Pero no le importa. Eso queda librado a la mente exterior, pues la mente exterior produce las acciones después que la mente interior ha dado el impulso original.

- ¿Entonces no debería haber un equilibrio? - dijo Newman.

- Idealmente, señor Newman. Pero éste no es un mundo ideal. Tenemos la suerte, los pocos que estamos aquí, de poder elegir.

El Sena fluía a través de una rica campiña, pintoresca aun en esa estación. El paisaje era totalmente rural, y no vieron poblados hasta que avistaron París.

Newman había esperado algo similar a Londres, pero se equivocaba.

París era una ciudad de cristal coloreado, una deslumbrante joya luminosa, gigantesca pero delicada. Newman estaba encantado.

- ¡Magnífico! - le dijo a Fanny, quien estaba junto a él en la baranda de la cubierta principal -. Nunca imaginé nada tan bello. Es como una ciudad celestial. - Rió. - ¿Crees que San Pedro nos dejará entrar?

Ella le devolvió la sonrisa, tomándole el brazo.

- No creo que haya muchas dificultades, Alexander.

El Doncella blanca entró en París poco tiempo después, la cubierta bañada por la luz de la ciudad. Mil colores espejeaban el agua. Álamos altos bordeaban las orillas del río, y los edificios no eran los siniestros peñascos de Londres sino grandes estructuras de cristal multicolor, con capiteles altos, torres y cúpulas.

Atracaron. Fanny y Newman agradecieron al capitán Conrad y desembarcaron.

- Los franceses aman el esplendor. - Fanny sonreía mientras caminaban por las avenidas de una ciudad que casi cantaba de color y de luz. - Esta ciudad es como la música de Francia... deliciosa, pero sospecho que insustancial; Romántica, más bien imponente, bella pero artificial... como su filosofía y su arte. Y como todas estas cosas - sonrió, fingiendo que se cubría los ojos -, es deslumbrante.

- Pareces sentir un gran afecto por lo francés.

- Así es. Tratan las cosas serias a la ligera y las cosas ligeras con seriedad. Esto los vuelve divertidos y, para los anglosajones, refrescantes. ¿Qué otra raza podría elaborar una filosofía profunda de lo obvio?

4

La ciudad de cristal era cautivante. Vagabundearon tomados de la mano mientras Fanny mostraba a Newman los lugares interesantes.

Aunque las estructuras facetadas no eran reconocibles como ningún edificio que Newman hubiera visto antes, tenían la gracia y la inspiración de la gran arquitectura. Sin embargo, como los peñascos de piedra negra de Londres, parecían fenómenos naturales antes que obras humanas. Eran, al menos en un sentido, obras humanas, pues, como Londres, representaban un ideal de ciudad. Newman reflexionó sobre la naturaleza del londinense medio, que prefería viviendas cavernícolas y abismos sombríos a una ciudad como París, plena de color y luz. Las anchas avenidas estaban arboladas y había un poco más de gente que en Londres, aunque la población de marionetas de «afuera» aún era visible.

Después que almorzaron en uno de los edificios de cristal - todo molduras doradas, felpa y grandes espejos, con camareros de delantal blanco y traje negro que evocaban el fin de siglo - Newman y Fanny pasearon hasta llegar a una ancha plaza llena de animales y pájaros ornamentales, catedrales y célebres personajes de la historia francesa, todos exquisitamente esculpidos en los arbustos. En lagos en miniatura, fuentes de bronce dorado y metales preciosos, mármol y esmalte delicadamente pintado, jugueteaba un agua irisada. Y de un pequeño pabellón a cierta distancia, con un techo de franjas rojas, blancas y azules y columnas de hierro dorado acanaladas como caramelos, unidas por colgaduras de estameña, llegaba música. Había un cuarteto de cuerdas con un ejecutante de cuerno francés, con los pentagramas en

atriles. Mientras Newman y Fanny se acercaban, Newman reconoció el Quinteto en Si Menor para cuerno francés y cuerdas de Mozart, cuyo ingenio y humanidad armonizaban y contrastaban al mismo tiempo con el ambiente donde era ejecutado.

Los músicos vestían ropas de la época de Mozart: finas chaquetas de seda, chalecos bordados, camisas de encaje y pelucas elaboradas. Podrían haber estado tocando para el último de los Borbones en Versalles.

Algunas personas, una o dos vestidas como los músicos pero la mayoría en diferentes estilos del siglo veinte, estaban alrededor del pabellón escuchando la música. Newman y Fanny se reunieron con ellas.

Cuando la pieza terminó los músicos se levantaron y agradecieron con una reverencia los aplausos del público. Habían tocado magníficamente. Bajaron del pabellón y se pusieron a conversar con los otros. Newman había esperado oírles hablar en el florido lenguaje de la Francia dieciochesca. En cambio, se asombró ante el acento, evidentemente norteamericano.

Newman se acercó al ejecutante de cuerno.

- Es usted de Estados Unidos? - preguntó en inglés.

- Claro, hombre. - El músico cabeceó. - Pero aquí es mejor hablar francés, si no le importa. A estos fulanos no les gusta otra cosa.

- Tocaron muy bien - dijo Newman en francés -. Fue la mejor ejecución de música de cámara de Mozart que oí jamás.

- Se agradece. A ellos también parece gustarles nuestro modo de tocar. Perdóneme.
- El músico señaló más allá del parque un Renault que acababa de llegar. El conductor les hacía señas. - Tenemos otro compromiso. Hasta pronto.

Los músicos, con los instrumentos y las hojas pentagramadas bajo el brazo, atravesaron el parque, subieron al auto y se marcharon.

Al fin casi todos se fueron, excepto tres hombres que se detuvieron a hablar con Fanny. Uno de ellos vestía sofisticadas ropas del siglo dieciocho; otro usaba el pesado y respetable sombrero de copa alta, levita y pantalones oscuros del Segundo Imperio, mientras que el tercero tenía pantalones negros ceñidos, un pulóver negro y una boina negra sobre el pelo espeso. Un cigarrillo delgado le colgaba de los labios. Tenía el aire de un apache, o de su caricatura.

- Creo que prefiero a Debussy - decía el hombre de chaqueta de seda brillante -. Hay algo un poco pesado, aun en Mozart.

- Bien, yo opino lo mismo - repuso Fanny con una sonrisa -. Este es mi amigo Alexander Newman. Él también es norteamericano.

- Encantado - dijeron los tres hombres al darle la mano a Newman.

- ¿Qué piensa usted de la actuación de sus primos? - preguntó el hombre de sombrero alto.

- Brillante - dijo Newman -. No hay duda al respecto.

- Mmm, tal vez. Para mi gusto, les faltó un poco de contención.

- Es típico de ti, Berger - dijo el hombre de boina, palmeándole la espalda -. Contención en todo, ¿eh?

- Así es, Alfred.

- Me pregunto si M. Sol estará de acuerdo - dijo Berger, volviéndose al hombre con atuendo dieciochesco -. ¿Qué piensas, Sol? ¿Para ti la ejecución careció de contención?

- Fue demasiado contenida. Hacía falta un poco más de brío, a mi juicio - repuso Sol con una sonrisa.

Parecían hermanos. Eran de tez oscura, labios inferiores protuberantes, narices grandes, párpados pesados y expresión deliberadamente controlada. Cambiando de ropa podrían haber sido el mismo hombre.

- En fin - sonrió Alfred -. No discutamos más. Bebamos un poco de vino en mi casa. ¿Nos acompañan, mademoiselle... M'sieu?

- Por cierto - dijo Fanny -, si no molestamos.

- Venga, pues.

Todos siguieron a Alfred por el parque hasta una avenida, y entraron por una puerta de vidrio color rosa y en un pasillo revestido con espejos de marco dorado un poco manchados y con las molduras un poco desteñidas.

Subieron varios pisos en un estrafalario ascensor de hierro forjado rococó y luego entraron en el cuarto de Alfred. Estaba iluminado por una gran claraboya que casi cubría una pared y el techo. Había un colchón contra la otra pared, las sábanas revueltas. Allí, una muchacha miraba absorta hacia arriba. Había una mesa abarrotada de páginas manuscritas y libros. También varias botellas de vino rosado.

- ¡Oh, Alfred! - dijo Berger, señalando a la muchacha -. ¿Cómo pudiste hacer eso?

Newman pensó que Berger se escandalizaba al encontrar una mujer en el cuarto de Alfred, pero luego advirtió que la muchacha tenía el aire obnubilado y ausente de alguien de «afuera».

- ¿Por qué no? - dijo ligeramente Alfred -. A fin de cuentas, a veces podemos manipularlos si lo deseamos. Ayer lo deseaba. Y ella ni se enterará.

- No corresponde perturbar a esta gente - dijo Sol -. Tú lo sabes, Alfred. ¿Cómo piensas justificarte? ¿Cómo lo justificarías? ¿Con la lógica de un Sade?

Alfred se encogió de hombros.

- Me libraré de ella, entonces. Encárgate del vino, Sol, por favor. - Se agachó, tomó a la muchacha en sus brazos y la llevó afuera.

Sol les sirvió vino y, cuando Alfred regresó, le alcanzó una copa.

La atmósfera estuvo tensa por un rato, pero el vino contribuyó a reanimar a todos.

- ¿Así que ésta es su primera visita a París, M. Newman? - preguntó Berger. Se había quitado el sombrero de copa y lo había puesto en una silla a su lado.

- La primera en estas condiciones - replicó Newman -. Estoy impresionado. En Londres estaba convencido de que las imágenes que llegaban a... la «mente interior» eran totalmente deprimentes. Me equivocaba. París es un milagro.

- ¿Y qué piensa de Francia en general?

- Hace sólo unas horas que estoy aquí.

- Pero los franceses - dijo M. Sol, señalando la ventana como si los franceses esperaran afuera el juicio de Newman -. Los franceses. Usted debe tener una opinión sobre nosotros. Todo el mundo la tiene.

- Así como nosotros tenemos una opinión sobre todo el mundo - dijo Alfred con una sonrisa.

Sin perder la compostura, Newman dijo:

- Los franceses me resultan encantadores, la arquitectura fascinante y el transporte público asombroso. Los museos son magníficos, el material exhibido, en general, mediocre. Los franceses son el pueblo más gentil y más rudo del mundo occidental. Son absolutamente corteses, y absolutamente mal educados.

- ¡Nunca «absolutamente»! - murmuró M. Sol en una parodia de horror -. ¡Eso jamás, m'sieur!

- ¿A qué se refiere? - Fanny rió.

- Sí, ¿a qué se refiere, M. Sol?

- El francés conoce lo absoluto, mademoiselle, pero lo desprecia - terció Alfred.

- Exacto - dijo Sol -. La maldición de los franceses es su proclividad a los extremos. Creamos una república y luego adoramos a un emperador. Lo hemos hecho durante casi doscientos años. República, emperador, república, emperador. A veces les ponemos nombres diferentes. Y sin embargo el francés afirma que rehuye los extremos y jamás se aproxima a lo absoluto. Pero somos una nación de entusiastas. Cuando una idea nos inflama ponemos en ella todo lo que tenemos. Cuando nos aburre la abandonamos. Pero no somos suficientemente obsesivos como para apegarnos a una cosa por mucho tiempo. Nuestras ambiciones duran poco. Por eso perdemos guerras y nuestro arte jamás alcanza las alturas grandiosas y apabullantes que exigen los anglosajones. Hemos llegado a temer los excesos, m'sieur. M. Berger, como usted notó esta tarde, desconfía de la menor insinuación de exceso. ¡Pero déle usted una misión de un día y él le mostrará qué significa realmente el exceso! - rió Sol.

- Pamplinas - rió Berger con embarazo.

Alfred también rió. Ebriamente. Volvió a llenar todas las copas, tambaleándose. No cesaba de pestañear.

- No bebas tanto - le dijo Berger -. Regresarás.

- Mi voluntad es demasiado fuerte - bramó Alfred mientras caía en el colchón.

- Veremos - murmuró Berger.

Newman empezó a sentirse incómodo. Miró a Fanny, para ver si ella quería irse, pero no daba esa impresión. Ella parecía estar pasándolo bien.

Alfred meneó la cabeza aturdido.

- Soy un intelectual - dijo -. Soy la sangre que da vida a Francia.

- Pamplinas - dijo Berger -. Los intelectuales han arruinado a Francia. Es la burguesía la que ha intentado conservarla.

- Los aristócratas son quienes lo consiguieron - intervino Sol -. Cada vez que Francia vacila necesita una nueva élite. Los Borbones, Napoleón, de Gaulle y demás... ¿Qué otra cosa puede esperarse de una nación paternalista? Es inevitable.

Alfred se levantó, se acercó al escritorio con pasos vacilantes, abrió un cajón y sacó un revólver.

- ¡Así que esto también es inevitable! - gritó, agitándolo.

- No hoy día, por cierto - murmuró Sol sardónicamente.

Fanny se levantó.

- M. Alfred, ¿el revólver está cargado?

- Así es, mademoiselle - dijo él con una reverencia ebria. Se lo apuntó a la cabeza. Ella intentó arrebatárselo, pero él retrocedió bajando el brazo. De nuevo empezó a pestañear rápidamente. Se llevó la otra mano a la sien y la apretó -. ¡Ah, tienes razón, Berger! Debo dejar de beber.

- ¿Por qué lo haces... beber de este modo excesivo? - Berger parecía turbado y preocupado por su amigo. - ¿Y la muchacha? ¿Por qué eres tan irresponsable con tu propio destino y el de los demás?

- Curiosidad - observó Sol -. ¿No es así, Alfred? Curiosidad.

- Sí, sí - dijo Alfred, volviendo al colchón.

- El no se limita a contentarse con estar en este mundo ideal - dijo Sol, volviéndose a Newman y Fanny -. Debe investigarlo siempre, ponerlo a prueba. Arruina lo que podría ser una vida perfecta y duradera. ¿Se dan cuenta?

Newman sentía cierta simpatía por Alfred. Era el primer hombre que conocía aquí que parecía insatisfecho con el «mundo interior».

- Quizá lo que él intenta hacer tenga algún sentido - sugirió Newman -. Vivir aquí es como una vacación perpetua. No hay nada que hacer cuando se llega aquí. Es agradable por un tiempo, pero...

- Pero luego quieren empezar a arruinarlo - dijo Berger acaloradamente -. Otros lo han intentado en vano. La mayoría de ellos murieron o regresaron. ¡Piénselo! ¡Morir y abandonar el paraíso!

- Confórmese - dijo Sol -. Relájese y confórmese. Esa conformidad es lo que debería distinguimos de la gente de «afuera».

- ¿Nos hace superiores? - preguntó Newman.

- Claro que sí. ¿Usted se opone a la superioridad?

- No creo en ella.

- No trate de perseguir aquí su ideal norteamericano de igualdad, amigo mío - se burló Sol -. Mire adónde ha conducido a su país... a un grado mayor de desigualdad del que existe en cualquier otra parte del mundo occidental.

- En el presente - convino Newman -. Además, el ideal norteamericano de igualdad sostiene que cada hombre debería ser un rey. Un rey también debe tener súbditos, de modo que, lamentablemente, eso significa que cada rey debe tratar de llegar a emperador. Pero creo que eso cambiará.

- Que cambie. Aquí no nos afectará mucho.

- No esté tan seguro - dijo Newman -. La única diferencia entre nosotros y ellos es que nosotros reconocemos y controlamos la mente interior. Pero los de afuera aún poseen esa mente interior, y aún representan una fuerza a tener en cuenta, pues pueden actuar. ¿Qué clase de acción puede emprenderse aquí para afectar el destino de la humanidad?

- La humanidad no tiene más destino que existir. - Alfred se había levantado del colchón, el revólver aún en la mano - La mente interior no es más que un mecanismo de supervivencia que controla sus acciones, la hace encajar en el orden del universo, aunque esto no siempre puede observarse en el mundo exterior. La mente interior

hace que el hombre se comporte de acuerdo con las leyes de la naturaleza, aunque su mente exterior querría modificar esas leyes y así destruirlo. La mente interior sigue el ritmo de las esferas, caballeros. Como individuos no somos nada y como raza simplemente existimos. Es nuestro único propósito. ¿Por qué buscar otro? La mente interior no busca otro. Aquí no buscamos otro.

- ¿Y si uno no puede creerlo? - preguntó Newman.

- ¡Entonces no tiene por qué estar aquí! - Sol se levantó. - El tiene razón. Usted sabe que él tiene razón.

- El tiene razón, Alexander - dijo Fanny -. Estoy segura de ello.

- Yo también - dijo Newman -. Y desconfío de algo cuando estoy tan seguro. Pienso en las armaduras del señor Schweitzer.

- Usted está en una situación peor que la de Alfred - dijo Berger, mirando de soslayo a Sol. Le guiñó el ojo.

Hubo un disparo. Alfred se desplomó, soltando el arma, los ojos desorbitados mientras caía hacia adelante.

- El muy imbécil - dijo Sol con displicencia -. Ha negado su propósito. Ha modificado su destino. ¡Ha dejado de existir!

Fanny rompió a llorar y Newman trató de consolarla.

M. Sol suspiró.

- ¿Qué hacemos ahora, Berger? Esto es tremendo. Me siento un tanto incómodo. ¿Qué se hace ante semejante crisis?

Berger empezó a quitarse la chaqueta.

- Cambiarse de ropa, M. Sol. Es lo único que hay que hacer.

Junto al cadáver de Alfred, los dos hombres empezaron a quitarse las ropas e intercambiarlas. Pronto Sol estaba vestido con la levita, los pantalones y el sombrero de Berger, y Berger con las sedas y encajes de Sol. Newman se horrorizó ante esa parodia y miró atónito mientras Fanny sollozaba y el dúo se marchaba del cuarto.

- Larguémonos de aquí, Alexander - dijo Fanny un poco más tarde -. Pobre M. Alfred, fue tan inesperado.

Newman la llevó hasta el ascensor. Mientras bajaban, dijo:

- ¿Entonces quieres marcharte de París?

- ¿Tú no?

- Me da lo mismo.

- Tengo un auto aquí cerca. Podemos irnos ahora mismo.

- ¿Adónde iremos?

- No me importa. Pero vámonos.

El auto era una limusina Citroen, grande y vieja. A Newman resultó fácil manejarla. Condujo por las calles de la ciudad de cristal mientras Fanny miraba hacia adelante con aire ausente.

Pronto viajaban por la campiña, rumbo al norte.

Newman manejó durante más de un día por una carretera ancha y recta que seguía y seguía entre campos chatos. No sabía adónde iba, ni le importaba. Trataba de pensar y le resultaba difícil.

Al segundo día de alimentarse de hortalizas crudas recogidas en los campos y de dormir en el auto vieron una camioneta delante de ellos, viajando en la misma dirección.

Pero ahora Fanny se había reanimado un poco. Cuando vio la camioneta se puso aún de mejor humor.

- ¡Alexander! Es la camioneta del señor Schweitzer. Me pregunto adónde irá.

Aliviado ante la perspectiva de ver una cara familiar, Newman aceleró, y cuando pasó junto a la camioneta agitó la mano al ver al señor Schweitzer en la cabina.

Schweitzer sonrió, un poco desconcertado, y frenó en el costado de la carretera.

Newman acercó el Citroen a la camioneta y ayudó a Fanny a bajar. Caminaron hasta la camioneta mientras el señor Schweitzer descendió.

- ¿Qué hacen ustedes dos por aquí? - preguntó -. Pensé que habían ido a Paris.

- Decidimos marcharnos - dijo Newman. Describió lo sucedido.

Schweitzer sacudió la cabeza y frunció los labios, suspirando.

- Sí, sí. A veces sucede. En Francia, sobre todo. Allí no quieren recibir mi mercadería, pero vaya si la necesitan...

- Necesitan algo - dijo Fanny con vehemencia.

- ¿Adónde va esta carretera? - preguntó Newman -. No tenemos idea.

- Va a Berlín, señor Newman. No creo que usted quiera ir allá.

- ¿Por qué no?

- Es un lugar desagradable, en el mejor de los casos. Un lugar extraño. Allí tengo mi mejor clientela. ¿Por qué no dan la vuelta...? Regresen a Paris o tomen una carretera lateral para Amsterdam o Hamburgo, y vean si encuentran un barco que los lleve a Londres.

- Ahora siento curiosidad - sonrió Newman -. Creo que me gustaría la experiencia de Berlín, señor Schweitzer.

- Supongo que no puede hacerle mayor daño, señor Newman. Muy bien. Si no les molesta la lentitud de mi vieja camioneta, viajaremos juntos.

Siguieron la carretera el resto del día y a la noche acamparon a un costado. El señor Schweitzer estaba bien equipado con un calentador primus y provisiones. Comieron bien por primera vez desde que habían salido de Paris.

Durmieron en la carpa que les prestó el señor Schweitzer y al amanecer reanudaron la marcha.

Pocas horas más tarde avistaron Berlín.

Una vasta muralla rodeaba Berlín y en verdad fue esto lo que vieron antes que la misma Berlín, que estaba totalmente oculta por la muralla.

Los flancos negros y basálticos eran altos y lisos, y pequeñas puertas comunicaban con las carreteras.

Al acercarse, Newman pudo distinguir figuras en lo alto de la muralla. Las figuras estaban enfundadas en armaduras medievales; estaban vestidas de metal de la cabeza a los pies, y sostenían metralletas en los brazos.

- Aquí toda la ciudad está habitada por los que ven con el ojo interior - explicó Schweitzer -. Pero lo que ve el ojo interior de ellos, su ideal... ¡Oh cielos! Esta Berlín... es la ciudad del Miedo. Un pueblo tan extraño... tan perceptivo, pero tan aterrorizado. Distorsiona sus percepciones aun mientras las descubre. Una mezcla espantosa, me temo.

Los guardias parecieron reconocer la camioneta de Schweitzer pues las puertas se abrieron de par en par y entraron directamente en la ciudad.

Berlín era más pequeña que Londres en todo sentido, pero lo que Newman no había notado era que toda la ciudad tenía un techo que se extendía de una muralla a la otra. El techo era de vidrio grueso y ahumado, o algo similar, y dejaba pasar muy poca luz.

Muchos edificios parecían rocas enormes y redondas con entradas diminutas, del tamaño justo como para que pasara un hombre a gatas.

Las calles, como túneles de un laberinto de piedra, estaban llenas. Hombres a caballo con pesadas armaduras que entorpecían el paso, mientras que otros, en las aceras, usaban máscaras o capuchas gruesas para cubrirse la cara.

La camioneta tuvo que parar en una pequeña plaza, pues no podía atravesar las calles angostas.

Bajaron. Un hombre con traje de aviador de la Primera Guerra con chaqueta de piel, botas y guanteletes, pero con un yelmo gótico en la cabeza y la visera sobre el rostro, se acercó a Schweitzer con la mano extendida.

La voz retumbó en el yelmo cuando habló en alemán, un idioma que Newman no dominaba del todo. Después de estrecharle la mano al hombre, Schweitzer presentó a Newman y Fanny como ingleses.

- Herr von Richthofen, ¿eh? - dijo Newman -. ¿Algún parentesco con el barón?

Von Richthofen se encogió de hombros.

- No usamos esos títulos en nuestra Alemania, Herr Newman. ¿Quieren venir a mi casa para tomar un refrigerio?

La casa era una de las tantas rocas del otro lado de la plaza. Entraron, agachándose para pasar por la pequeña puerta. El interior era, en todo caso, más sombrío que el exterior. Unas pocas antorchas iluminaban un salón bastante grande y un fuego crepitaba en un hogar. Una escalera de piedra conducía arriba y von Richthofen subió hasta que entraron en una habitación más pequeña, ligeramente más hospitalaria, calentada, aparentemente, por algún aparato de vapor. Newman se sentó en una silla húmeda, tosiendo cuando el aire caliente y húmedo le penetró los pulmones. El lugar parecía un baño turco y había un leve olor a sal.

- Nos traerán algo de comer - dijo von Richthofen -. Bien, Herr Schweitzer, ¿qué trae en esta ocasión? Artículos más pesados que la última vez, espero. Las modas cambian rápidamente y ahora hay que usar una lámina más gruesa que ésta para estar a tono.

Alzó los brazos y se quitó el yelmo de acero labrado. La cara que descubrió fue la de un hombre de unos treinta y cinco años, apuesto, autocomplaciente, un poco cínico.

- Así está mejor - dijo -. Sólo me siento cómodo sin él cuando estoy aquí.

Newman miró en torno. No había ventanas en la habitación. Le pareció muy extraño y no pudo imaginar por qué esa gente optaba por vivir en semejantes lugares.

Llegó la comida. Comida insulsa, alemana: salchichas, saurkraut, pan, pero buen café.

Después que comieron, von Richthofen se reclinó en su sillón de madera.

- ¿Acaba de llegar de Inglaterra, Herr Newman?

- No. Antes estuve en París.

- ¡París! Una ciudad maravillosa. Muy romántica. ¿Le gustó?

- En general. Es raro que a usted le guste, Herr von Richthofen, cuando su gusto arquitectónico es tan diferente.

- Ajá. Muy diferente, ¿verdad? Pero seguro, ¿entiende usted, Herr Newman? Fuerte, invencible, capaz de resistirlo todo.

Newman quedó azorado.

- ¿Pero por qué debe ser así? ¿Esperan problemas? ¿Quién los atacaría?

- No sabemos. Pero más vale prevenir que curar, ¿eh?

Newman, las ropas penetradas por la humedad, se movió incómodamente en la silla.

- Supongo que sí.

Von Richthofen pareció notar su incomodidad. Rió.

- Uno se acostumbra. Oh, sabemos que la libertad y los ámbitos bellos forjan mentes bellas. Todas esas cosas. Pero hemos hecho un sacrificio consciente. Un estudio de la historia le mostrará que una raza o un grupo que se mantiene unido firmemente, construyendo gruesas murallas, sobrevive más tiempo que una raza que vive en un ámbito idílico. Fijese en Grecia. Compárela con Roma ¿Entiende a qué me refiero?

Newman no entendía. Pensaba que von Richthofen estaba en un error. No veía ninguna lógica en lo que decía ese hombre.

- Pensaba que aquí, en el mundo interior, no eran necesarias semejantes murallas ni semejantes ideas. Esas murallas se han construido porque ustedes temen algo... algo que no saben si existe. Viviendo en este mundo, ustedes sin duda entienden esto.

- Entendemos que quizá usted tenga razón. Pero hay una posibilidad de que se equivoque. Para esa posibilidad nos preparamos, Herr Newman. El alemán es más apto que nadie para cobrar distancia mentalmente. Por eso hay tantos en Berlín... una ciudad entera de nosotros.

- Pero en mi opinión ustedes usan esa distancia mental para evadirse - dijo Newman -. Algunos leen historias de aventuras. Ustedes no... ustedes inventan complicados sistemas metafísicos. Y el resultado es el mismo. Se evaden de la realidad.

- ¿No es nuestra realidad la misma que la de usted... en el plano interior o el exterior?

- Linda con ella. ¿Pero una ciudad fortificada es «realista» en este mundo? ¿La moda de usar armaduras más pesadas es «realista»? Sin duda estas cosas son totalmente subjetivas. Me cuesta mucho entender cómo estas cosas, tan típicas del mundo exterior, puedan existir en el mundo interior. Recuerdo haber leído acerca de unos cruzados que atravesaron el desierto para librar una batalla. Se negaron a quitarse la armadura, pese al calor paralizante y la fatiga. Cabalgaron durante días, hasta que perdieron todo sentido de la realidad. Por último, acosados todo el tiempo por los sarracenos, llegaron al campo de batalla y fueron encerrados y exterminados. Si tan sólo se hubieran quitado la armadura para atravesar el desierto lo habrían hecho más pronto y habrían llegado descansados. A causa de la necesidad de usar armadura, que de acuerdo con la razón era innecesaria, perecieron. La armadura los mató, en realidad.

Von Richthofen frunció los labios irónicamente.

- Un bonito cuento con moraleja, Herr Newman. Pero los alemanes somos diferentes. Vemos las cosas con mayor amplitud. No sólo adoptamos la visión del mundo, sino una visión universal.

- ¿Como se relaciona eso con lo que estamos hablando?

- Se relaciona muchísimo. Muchísimo.

Von Richthofen se levantó.

- Me gustaría mostrarle alguna vez que ha sido de Atenas.

- Nunca he estado en Atenas - intervino Fanny -. ¿Qué ha sido de ella?

Von Richthofen se acercó la mano a la barbilla.

- ¿Quieren saberlo? Muy bien, yo mismo los llevaré allí... mañana. Cuando hayamos visto lo que el señor Schweitzer tiene para ofrecernos. ¿Qué les parece?

Newman estaba dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad para irse de Berlín cuanto antes.

- De acuerdo - dijo -. Me gustaría ir a Grecia. Es uno de mis países favoritos.

- ¿De veras, Herr Newman? ¿De veras? Bien.

6

El avión de von Richthofen era muy moderno. Estaba en un aeropuerto fuera de las murallas de Berlín. Parecía un cazabombardero Phantom norteamericano en casi todos los detalles. En las alas y el fuselaje, sin embargo, tenía pintadas grandes svásticas.

- Solo para recordar viejos tiempos - dijo von Richthofen con una carcajada mientras los conducía al avión. Todos estaban vestidos con trajes de presión. Acababan de despedirse del señor Schweitzer -. Una broma, sabe usted - añadió Richthofen -. En estos días no siento ninguna inhibición. ¿Y usted?

Newman no respondió. Ayudó a Fanny a subir a la gran cabina, mayor que la de un Phantom. Allí cabían tres personas, dos delante y una detrás. Expertamente, se acomodó en su propio asiento. Había volado aviones similares antes de su adiestramiento para el espacio.

Von Richthofen puso en marcha el motor y al fin el avión empezó a carretear por la larga pista. Pronto despegaron y von Richthofen, por amabilidad hacia Fanny, apenas sobrepasó la velocidad del sonido.

Surcaron el cielo apacible a mil metros de altura, dirigiéndose al sudeste, a Grecia.

Aterrizaron en una larga pista aérea en las afueras de Atenas. No había ningún edificio de aeropuerto, sólo la pista con lomas herbosas en ambos lados.

Newman se sorprendió al ver que Atenas no era la ciudad moderna sino la antigua transformada. Villas gráciles, separadas por espacios amplios, rodeaban plazas arboladas. Aquí y allá había edificios más grandes, como el Partenón y la Acrópolis. La mayoría de la gente usaba togas o chaquetones de lino sujetos a la cintura. Las mujeres usaban túnicas ondulantes que Newman antes sólo había visto en estatuas, pinturas o bajorrelieves. Algunos usaban ropas de otros períodos, incluyendo el de Newman.

El sol era tibio y la ciudad apacible. Unas pocas personas los saludaron alegremente, pero la mayoría estaban reunidas en grupos pequeños, remoloneando al sol, bebiendo vino, comiendo fruta y hablando constantemente. El murmullo de la conversación llenaba la ciudad.

- No ha sido cambiada - le dijo Newman a von Richthofen -. ¿Por qué?

- No ha sido necesario, amigo mío. Esta Atenas es la Atenas de la Edad de Oro, alterada sólo en detalles menores. Aquí la idea y la realización son lo mismo. Aquí, la mente interior y la mente exterior se fundieron para producir una idea. Sucede rara vez. Las ciudades que usted ha visto hasta ahora (Londres, París, Berlín) están transformadas porque la idea que los constructores tenían de ellas nunca cobró realidad. Sólo se consiguió una aproximación. No ocurre lo mismo con los atenienses. Se requirieron siglos para arruinar la ciudad ideal, acontecimientos posteriores. Pero los acontecimientos no han cambiado a los griegos tanto como a los nórdicos. El tiempo no se ha «desplazado» tanto. - Von Richthofen rió desagradablemente. - Pero ellos no son fuertes, Herr Newman, Fraulein Patrick.

- No necesitan ser fuertes - dijo Fanny, desconcertada, tomando el brazo de Newman -. ¿Qué tienen que temer aquí?

- Sólo lo incongruente... algún acto arbitrario que desobedezca las leyes fundamentales de la existencia. Todos los que habitamos el mundo interior reconocemos esas leyes, creo.

- ¿Y cuáles son? - dijo Fanny.

- Es sencillo. Que la naturaleza sigue un plan, un simple ciclo de nacimiento, muerte y renacimiento. Todo obedece a esta ley, desde las partículas más pequeñas hasta los soles y galaxias del universo infinito. Pero, básicamente, todo permanece inalterado, congruente, fijado para siempre de acuerdo con el plan.

- Simplemente existe, ¿verdad? - dijo Newman, recordando las palabras del difunto M. Alfred -. No tiene más propósito que existir.

- Exacto. Así que los parisinos existen en su ciudad de cristal, de ese modo aún algo artificial. Aquí, en Atenas, la gente existe de modo más simple, más natural. Esto es correcto, decimos; es apropiado. Esto obedece a la ley del universo.

- De acuerdo - dijo Fanny -. ¿Pero adónde quiere usted llegar?

- Trato de explicar de qué nos protegemos los berlineses en este perfecto mundo interior, Fraulein Patrick. Todos los que ustedes han visto aquí hasta ahora, fuera de nuestra Berlín, han aceptado que vivir sin temor, sin protección y sin recelo, es moral... o sea, concuerda con el plan verdadero de la existencia.

- Bien - dijo Newman -. ¿Entonces?

- ¿Nunca ha pensado que una distancia mental como la nuestra podría reconocer esa ley, podría comprender la moralidad esencial de nuestros amigos griegos, pero decidir fríamente, por mero capricho, desobedecer la ley y vivir inmoralmente? Un hombre o un grupo de hombres podrían optar por «arrojar una llave en los engranajes», ¡ja! Por aburrimiento, quizá... por desesperación o por curiosidad. En última instancia estamos sometidos a la ley, Herr Newman, pero eso no nos impide desobedecerla conscientemente. Reconocer la ley invulnerable y eterna no es obedecerla automáticamente. ¿Ve usted? Somos seres conscientes, racionales... podemos decidir desobedecer.

- Pero ¿qué objeto tendría eso? - preguntó Fanny, divertida -. En el mundo exterior la ley es infringida a cada momento, insensatamente, por temor, codicia y perplejidad. Eso es comprensible. Pero aquí, ¿quién querría infringir la ley?

- Usted pregunta qué objeto tendría hacerlo - sonrió von Richthofen -. Pero ¿qué objeto tiene la existencia, llegado el caso? Ninguno. Para destacarse, aunque sea ínfimamente, es preciso comportarse ilógicamente en un universo en última instancia lógico. ¿Cuáles son las grandes figuras míticas de nuestra historia? ¡Todos subversivos! Aun cuando predicaron la ley producían más caos del que existía antes que ellos llegaran. Aquí, en este mundo interior, somos todos iguales. Supongamos que un hombre alcanzara este plano y rehusara encontrar lo que encuentra. Supongamos que deliberadamente atentara contra la ley del universo. ¿Qué sucedería entonces?

- ¿Esa es la posibilidad que se teme en Berlín? - dijo Newman en voz baja - ¿Esa?

- ¿Por qué no deberíamos tener miedo en Berlín? ¿No hay causas suficientes? Nuestra historia ¿no está plagada de servidores del caos?

- Y también del orden. Los compositores, Bach ante todo, una rareza, un genio totalmente cuerdo. Los poetas, los novelistas... Thomas Mann, por ejemplo. Goethe, Brecht.

- De acuerdo. Tenemos la capacidad, como le he dicho, de ver... pero algunos de nosotros no se contentan sólo con ver. Desean actuar en un mundo que niega toda acción salvo la necesaria para la mera existencia, y que exige un status quo.

- Usted habla como si fuera uno de esos individuos - dijo Newman, sonriendo desganadamente.

Von Richthofen se encogió de hombros.

- No tengo pasta de Anticristo - dijo -. Sólo trato de ejemplificar lo que Berlín teme todavía. El distanciamiento, la visión, el conocimiento no acarrearán automáticamente una ausencia de peligro.

- ¿Dice usted que lo que dice la gente del mundo exterior... que si todos cobraran distancia, se elevaran por encima de sí mismos, todo sería mejor...? ¿Dice usted que no es necesariamente cierto? - dijo Fanny.

- ¿Por qué habría de serlo?

- No hay ninguna razón - convino Newman -. Pero ustedes no se hacen ningún bien así mismos ni a otros escudándose en piedra y metal, y ocultándose.

Richthofen sonrió.

- Es nuestro deber. Obedecemos la ley universal, fundamental.

- ¿Cómo? - preguntó Newman.

- Existimos... y procuramos seguir existiendo. Pero basta de charla. Vine aquí no sólo para explicarles lo que quería decir, sino para ejemplificar mi tesis. Sacó algo del bolsillo de su traje de aviador. Luego echó el brazo hacia atrás y arrojó el objeto hacia el Partenón. - Miren esto. El acto arbitrario.

Debía de haber arrojado una granada.

El Partenón estalló, y volaron cuerpos, muchos despedazados. Varios griegos acudieron de prisa al lugar, absolutamente desconcertados, casi incapaces de actuar. Lentamente, algunos empezaron a socorrer a los heridos. Newman y Fanny estaban horrorizados.

- Asesinato... - susurró Newman.

- Asesinato, sí. Llámelo como quiera. Suponga que un hombre como yo llegara a Berlín. No causaría muchos daños.

Von Richthofen se volvió con una sonrisa perversa y echó a andar con displicencia, alejándose de la destrucción. Nadie intentó detenerlo.

- Regreso a Berlín inmediatamente - dijo -. ¿Quieren acompañarme? Serán bienvenidos.

- Yo prefiero arriesgarme - dijo Newman, con desánimo, aturdido -. ¿Qué dices tú, Fanny?

- Yo también - dijo ella.

Alrededor de ellos, Atenas se esfumaba y pronto no pudieron ver más que las ruinas del Partenón. La pista aérea había desaparecido; también von Richthofen y su jet.

- Hemos regresado - dijo débilmente Fanny -. ¿No es verdad, Alexander?

- Creo que sí.

- ¿Qué hacemos ahora?

- Tenemos que hacer algo - dijo él -. Supongo. - Alejándose de las ruinas del Partenón, caminaron hacia Atenas.

FIN

Título original: The real life Mr. Newman © 1980

Traducción: Carlos gardini

Edición digital: Questor